

## Hágase la luz

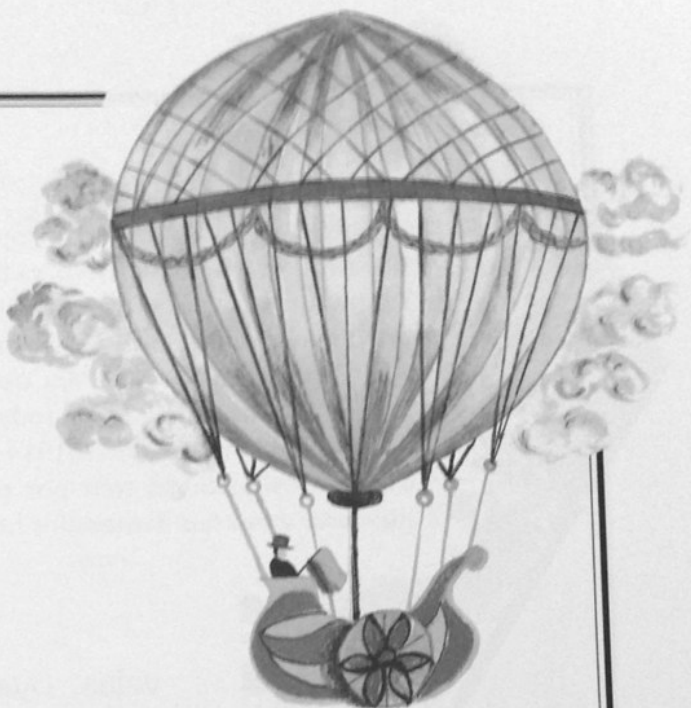


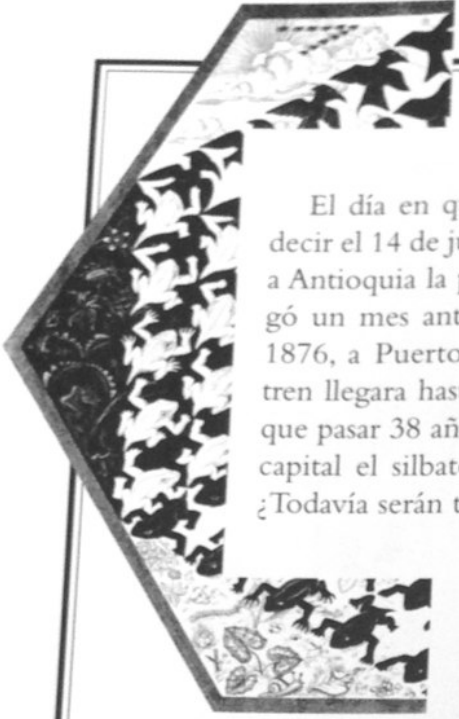
oy Libardo López Restrepo. Nací en Medellín, he vivido en Medellín, y en Medellín espero morir. A lo largo de mi vida vi cómo la luz se hacía. Por un lado pude ver cómo Medellín, un pueblo en la penumbra, se convertía en una ciudad radiante. Pude ver, también, cómo la montaña se abría para que la luz pasara de un lado a otro de este túnel en donde hoy enterramos a mi hermano Alejandro.

El tren atraviesa el Túnel de la Quebra llevando el ataúd, en un último paseo. Las luces están apagadas en señal de duelo. En estos interminables siete minutos que dura el recorrido, recorro, a mi vez, la vida de Alejandro, de mis padres, de mis hermanos y mi vida misma, que es la vida de todos, la vida de Medellín que camina sobre el eje de dos siglos.

Este recorrido es largo, sinuoso, travieso a veces, doloroso en ocasiones, siempre intenso, siempre cargado de poderosas razones para saber que la vida tiene sentido y que hay que vivirla con ganas, con impulso y con compromiso.

Alejandro se comprometió con todo. Todo lo midió, lo equilibró, lo balanceó. Lo único que no midió ni equilibró ni balanceó, lo único que nunca puso en juego, fue su pasión por la justicia y su vocación de servicio a los demás. Es posible que esta pasión por la equidad y la justicia haya sido transmitida por nuestro padre, Alejandro, sastre de





El día en que Alejandro López nació, es decir el 14 de junio de 1876, ya había llegado a Antioquia la primera locomotora. Ésta llegó un mes antes, el 7 de mayo del mismo 1876, a Puerto Berrío. Para que el primer tren llegara hasta Medellín, todavía tendrían que pasar 38 años. Sólo en 1914 se oyó en la capital el silbato del tren por primera vez. ¿Todavía serán tan demorados los proyectos?

velas, oyendo a nuestra madre contar la más grande aventura de su vida: la gran ascensión aérea por el aeronauta mejicano Antonio Guerrero, por allá en 1875, durante la conmemoración de los doscientos años de la fundación de Medellín. A su alrededor estábamos todos los hermanos, Alejandro, Luis, Miguel, Magdalena, Rosario, Tránsito, Tina y yo, que era de los mayores y que había alcanzado a ver el globo subiendo al cielo. Mis hermanos imaginaban a ese hombre que volaba. Nos recorrían escalofríos pensando en el peligro, soñábamos con volar algún día nosotros mismos. El único que no soñaba, sólo calculaba, era Alejandro.

—Mamá, ¿cuánto medía el globo?

—Mamá, ¿y cuántos metros subía?

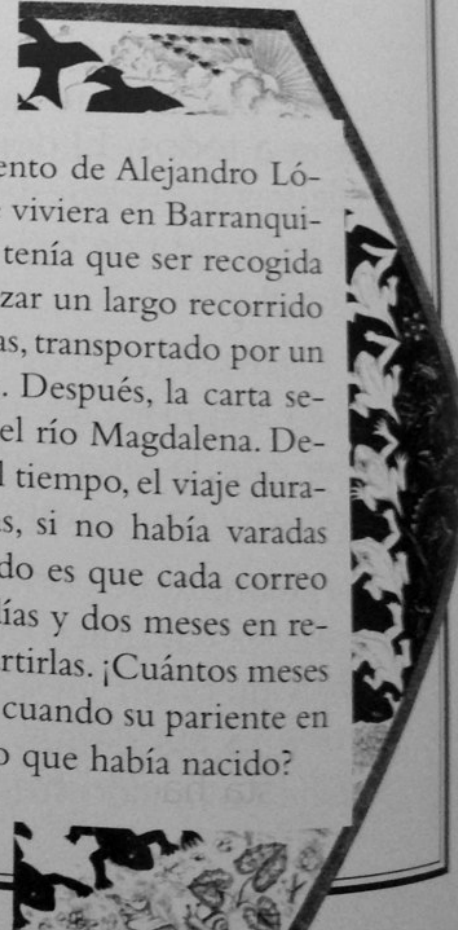
—Pero mamá, ¿cuánto peso soportaba el globo para poder elevarse?

Aunque Alejandro no era el mayor, sus preguntas nos inquietaban y

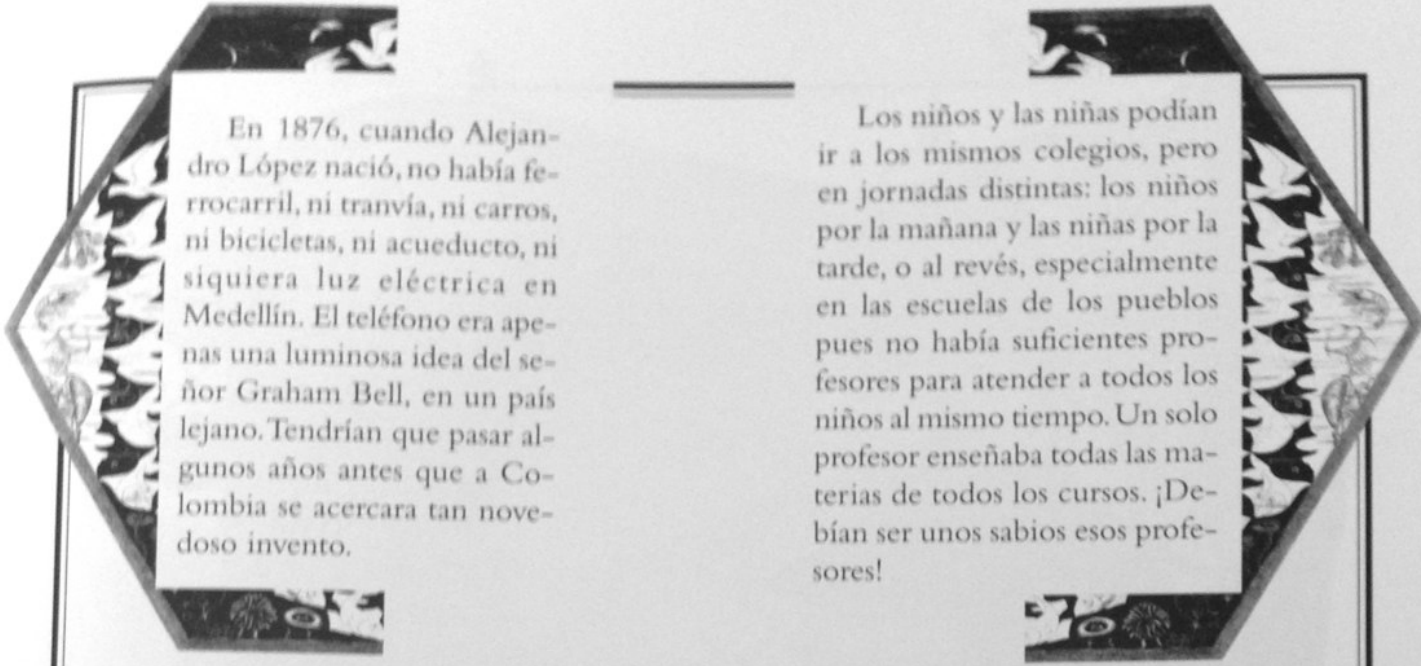
profesión. Porque la vida de los sastres es así: midiendo, cortando, añadiendo, sin equivocarse pues se pierde el corte.

Lo primero que me viene a la memoria es la imagen de la familia reunida, a eso de las siete, después de la comida y de rezar el Rosario. Nos sentábamos a la luz de las

velas, oyendo a nuestra madre contar la más grande aventura de su vida: la gran ascensión aérea por el aeronauta mejicano Antonio Gue-



Para avisar el nacimiento de Alejandro López a algún pariente que viviera en Barranquilla, por ejemplo, la carta tenía que ser recogida por un estafeta y comenzar un largo recorrido a través de trochas y selvas, transportado por un arriero, a lomo de mula. Después, la carta seguía en vapor, a través del río Magdalena. Dependiendo del estado del tiempo, el viaje duraba de cinco a ocho días, si no había varadas incluidas. Lo peor de todo es que cada correo demoraba entre veinte días y dos meses en recoger cartas y salir a repartirlas. ¿Cuántos meses tendría Alejandro López cuando su pariente en Barranquilla por fin supo que había nacido?



En 1876, cuando Alejandro López nació, no había ferrocarril, ni tranvía, ni carros, ni bicicletas, ni acueducto, ni siquiera luz eléctrica en Medellín. El teléfono era apenas una luminosa idea del señor Graham Bell, en un país lejano. Tendrían que pasar algunos años antes que a Colombia se acercara tan novedoso invento.

Los niños y las niñas podían ir a los mismos colegios, pero en jornadas distintas: los niños por la mañana y las niñas por la tarde, o al revés, especialmente en las escuelas de los pueblos pues no había suficientes profesores para atender a todos los niños al mismo tiempo. Un solo profesor enseñaba todas las materias de todos los cursos. ¡Debían ser unos sabios esos profesores!

lo mirábamos con respeto. Mi mamá seguía con su relato, sin saber cómo contestarle.

—Ese día no quedó nadie en las casas. Todo Medellín estaba en las calles. Los artesanos cerraron sus talleres y los niños no tuvieron clases. Sonaban los voladores y los cohetes y las luces de la pólvora daban un color diferente a Medellín. La algarabía y los corrillos de niños al frente de la procesión, detrás de las bandas de las escuelas, al lado de la tropa, hacía que la fiesta se viera más alegre. Únicamente durante la misa solemne, los ánimos se calmaron por un rato. Las campanas sonaban sin parar y las descargas de la tropa de retaguardia nos asustaron a todos. El doctor Manuel Uribe Ángel nos hizo llorar con sus palabras sobre nuestra hermosa ciudad blanca, a la que él amaba como a un hijo de su corazón, según decía —contaba, emocionada, Teresa, nuestra madre.

—Mamá, ¿cuánta gente había en la iglesia? —era la pregunta obligada de Alejandro.

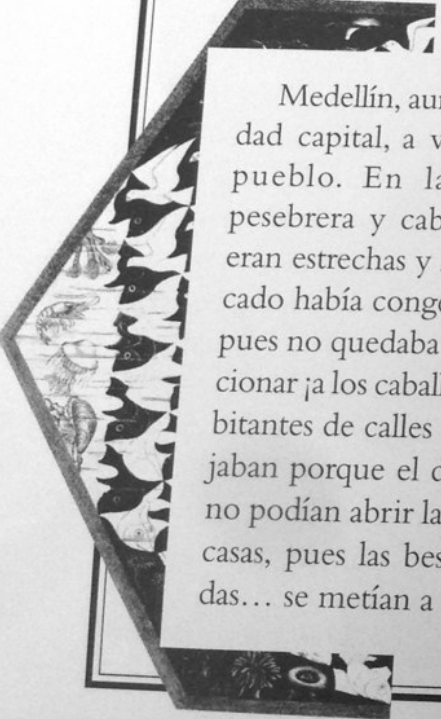
Así era todo con Alejandro. Igual a mi papá cortando las telas, igual a mi mamá en la organización de la casa: el lunes hacía aseo general, el martes iba al mercado, el miércoles preparaba los dulces de la semana, el jueves cosía y remendaba la ropa de todos, el viernes recibía visitas, el sábado jugaba con las amigas, el domingo íbamos a misa y salíamos de paseo. El lunes volvía a comenzar el aseo general, con tanto cuidado que hasta hacía barrer con brocha las ranuras del piso de madera. Su

organización era inalterable y escrupulosa. Cualquier intento de hacerla cambiar, la sacaba de quicio. Alejandro salió igualito.

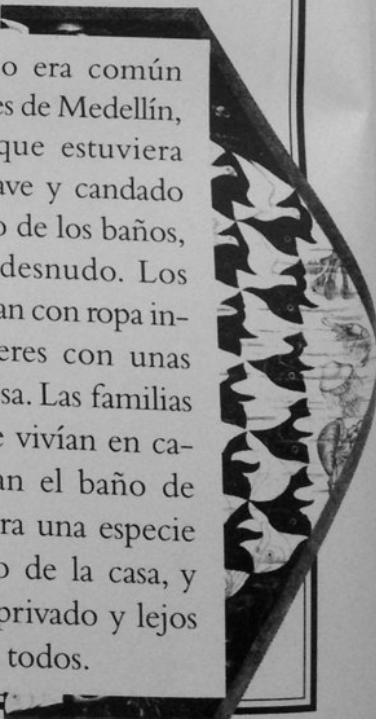
Tan calculador sería Alejandro, que durante años dijo que quería ser médico para poder medir los latidos del corazón, la circulación de la sangre y no sé cuántas cosas más, de la naturaleza humana. Evidentemente entró a estudiar a la facultad de medicina, pero algo no le gustó. Tal vez sería que las mediciones no eran tan estrictas como él esperaba que fueran. La ciencia médica tenía todavía mucho de intuición, de especulación y las cosas no funcionaban de esa manera para Alejandro. Si no era con exactitud, no le servía. Duró un año intentando encontrarle el gusto a la medicina y al fin se pasó a lo que sería su verdadera vocación: la ingeniería.

En la Escuela de Minas no sólo pudo medir, calcular, corroborar. Pudo descubrir que con la ingeniería podía ayudar a otros, poniendo los cálculos, las estadísticas y las proyecciones al servicio de la gente, que era otro de sus más grandes intereses. Eso era lo único que añoraba de la medicina, pero con la ingeniería también podía ayudar a la gente.

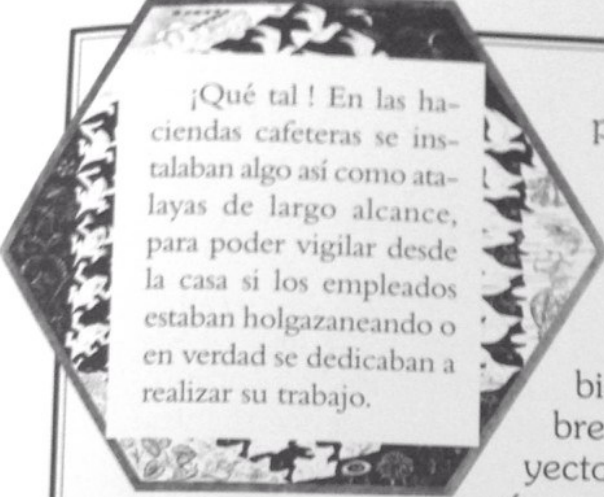
Creo que para Alejandro no fueron fáciles esos años de universidad. Desde chiquito se ponía nervioso cada vez que tenía que hablar en frente de los demás y comenzaba a tartamudear cuando le preguntaban algo. Se sentía feo y chiquito y prefería encerrarse a estudiar



Medellín, aunque era una ciudad capital, a veces parecía un pueblo. En las casas había pesebrera y caballos. Las calles eran estrechas y los días de mercado había congestión de tráfico pues no quedaba lugar para estacionar ¡a los caballos! Algunos habitantes de calles vecinas se quejaban porque el día de mercado no podían abrir las puertas de las casas, pues las bestias estacionadas... se metían a sus patios.



El baño diario era común entre los habitantes de Medellín, pero nadie, aunque estuviera encerrado con llave y candado en el más solitario de los baños, se podía bañar desnudo. Los hombres se bañaban con ropa interior y las mujeres con unas batas de tela gruesa. Las familias aristocráticas, que vivían en casas lujosas, usaban el baño de inmersión, que era una especie de piscina dentro de la casa, y que se usaba en privado y lejos de las miradas de todos.

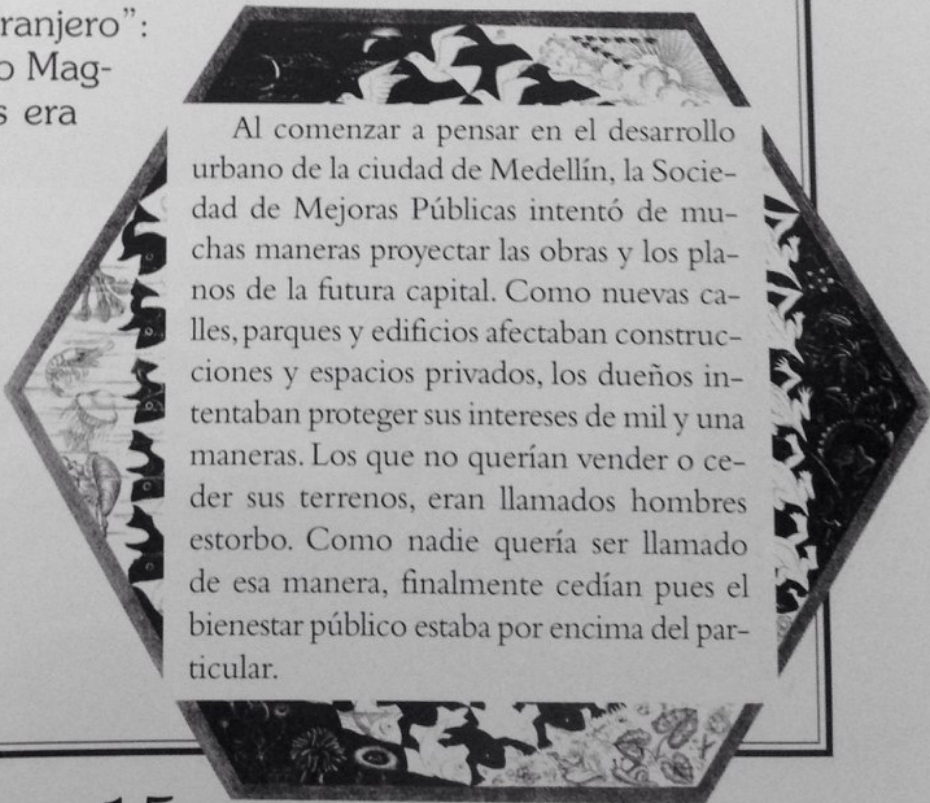


¡Qué tal! En las haciendas cafeteras se instalaban algo así como atalayas de largo alcance, para poder vigilar desde la casa si los empleados estaban holgazaneando o en verdad se dedicaban a realizar su trabajo.

para no tener que salir de paseo con los amigos. Cuando tenía exámenes orales, era como si el cielo le cayera en la cabeza. Tal vez era lo único que lo sacaba de su tranquilidad habitual.

Sin embargo, conmigo se sentía muy bien. Me contaba, con lujo de detalles, sobre los profesores, los compañeros, los proyectos. Lo malo era que la Escuela apenas nacía y aún no estaba muy bien organizada. Eran muy pocos los estudiantes de ingeniería en ese entonces, no llegaban a veinte, siquiera. La abrían, la cerraban, cambiaban el programa, tanto que el rector Eduardo Zuleta dijo un día que la Escuela de Minas de Medellín estaba en “estado de coma”. Lo bueno era que tanto los pocos profesores como los pocos alumnos estaban totalmente comprometidos con la ingeniería y la vivían con pasión.

Estudiar allí era una gran aventura. Las materias teóricas eran acompañadas con salidas prácticas. Largas excursiones hasta las minas de Titiribí y Amagá, o hasta Puerto Berrío para conocer las condiciones de la construcción del Ferrocarril de Antioquia, fueron experiencias que marcaron la vida de esos estudiantes. Recuerdo, con cierta envidia, el primer viaje de Alejandro hasta lo que llamábamos “el extranjero”: un viaje para conocer el río Magdalena, que para nosotros era casi como conocer el mar.



Al comenzar a pensar en el desarrollo urbano de la ciudad de Medellín, la Sociedad de Mejoras Públicas intentó de muchas maneras proyectar las obras y los planos de la futura capital. Como nuevas calles, parques y edificios afectaban construcciones y espacios privados, los dueños intentaban proteger sus intereses de mil y una maneras. Los que no querían vender o ceder sus terrenos, eran llamados hombres estorbo. Como nadie quería ser llamado de esa manera, finalmente cedían pues el bienestar público estaba por encima del particular.